

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R

**REFLEXIONES PARA TIEMPOS
DE SUFRIMIENTO**

SAN MILLÁN - 2020

INDICE

INTRODUCCIÓN

Dios te ama

Somos débiles

Amor al prójimo

Valor del sufrimiento

Dios es bueno

Vivir con el corazón vacío

Supérate

La muerte

Hacia el encuentro

Vacío existencial

- a) San Agustín
- b) Giovanni Papini
- c) Miguel de Unamuno
- d) Manuel García Morente
- e) Pieter van der Meer

Testimonios

Vale la pena vivir

Dios es tu Padre

La eternidad

El Dios en quien no creo

Reflexión final

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Ante los problemas y dificultades de la vida presente, hay muchos seres humanos que se derrumban y deciden suicidarse o se rebelan contra Dios, como si fuera un Dios malo que permite el sufrimiento y la muerte de seres inocentes. Sí, el sufrimiento humano es algo incomprensible para mucha gente, pero Dios lo permite por nuestro bien, como dice San Pablo en Romanos 8,28.

Ya san Agustín decía: *Dios no permitiría los males, si no sacara más bienes de esos mismos males* (Enquiridion 13, 8). Los santos, que son los principales amigos de Dios, han entendido que el dolor humano es una perla que Dios pone en nuestras manos y que, si sabemos aceptarla y ofrecérsela, se convertirá para nosotros en un tesoro para la vida eterna. La Madre Teresa de Calcuta decía: *El dolor es un don de Dios, es el don más bello que una persona puede recibir. Descubrir el dolor como un regalo de Dios, viene a ser la más alta sabiduría a que el hombre puede aspirar, porque de esa manera nos convertimos en corredores de nuestros hermanos, identificándonos con Cristo, que en la cruz nos consiguió la salvación.*

Por eso, cuando el dolor llame a tu puerta, trata de superarlo, pero si no puedes sacarlo de tu vida, no lo veas como un enemigo, míralo como un mensajero que llega de parte de Dios. Quizás te puede hacer más humilde en tu debilidad o más comprensivo con los demás o tener más amor para amar a los que te rodean. El dolor nos puede elevar o nos puede hundir. Depende de nosotros.

En este librito quisiera darte algunos puntos de reflexión. ¿Has sufrido en carne propia la muerte de un ser querido por una enfermedad? ¿O por un accidente? ¿O porque alguien lo ha matado injustamente? ¿Tienes alguna enfermedad incurable o muy grave? ¿Te has rebelado contra Dios? ¿Has blasfemado contra Dios? Tu vida es muy frágil y puede romperse en cualquier momento. Vive para la eternidad.

DIOS TE AMA

Cuando todo te salga mal o estés enfermo o todo te parezca negro y oscuro y creas que te encuentras en un túnel sin salida y piensas solo en el suicidio, recuerda que Dios te conoce y te ama. Conoce tu nombre y apellido. Tú no eres fotocopia de nadie. Tú eres un ser único en el universo y Dios te ha creado con infinito amor. No pierdas la esperanza y encomiéndate a él. Antes de lo que piensas y del modo menos pensado él arreglará las cosas, siempre y cuando tú le pidas ayuda. Y algo muy importante es que no le ofendas continuamente con tus pecados. No te obstines en el mal camino, porque le estarías cortando las manos a Dios y no podría ayudarte sin tu querer. Y por supuesto nunca se te ocurra blasfemar, pues Dios tiene paciencia contigo, pero todo tiene un límite. Ama a Dios y no le ofendas ni siquiera pensando que no te hará nada, porque no existe. ¿Y si existe? ¿Acaso los que niegan la existencia de Dios están seguros de su no existencia? No,

absolutamente no. Si los argumentos de la existencia de Dios no son válidos para ellos, mucho menos lo deben ser sus razones para negar su existencia. Así lo han dicho grandes filósofos que de la increencia llegaron a la fe, después del sufrimiento de una noche oscura por falta de fe y viviendo un calvario de vacío existencial.

La peor desgracia que te puede pasar no es estar enfermo, sino ser un inútil que no sirve para nada y que al morir te sientas vacío por dentro por haber desperdiciado tu vida. Pero si amas y ofreces tu dolor, aunque estés en una silla de ruedas, tu vida estará plena de sentido y te realizarás como persona y serás feliz eternamente. Decía Nicolas Wolterstorff: *Dios nos ama y “sufre”, por así decirlo, al ver a nuestro mundo pecaminoso lleno de sufrimiento. Podemos decir en cierto modo que las lágrimas de Dios son el secreto de la historia humana.*

Recordemos que Jesús lloró al conocer los sufrimientos que vendrían sobre Jerusalén, diciendo: *¡Si tú conocieras en este día el mensaje de paz! Vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes y te estrellarán contra el suelo y no dejarán de ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita (Lc 19, 41-44).* Todo un Dios todopoderoso, llorando ante la futura ruina de la ciudad santa por no haber sabido reconocerle como Mesías.

Y tú, ¿cuántas veces le has hecho “sufrir” con tus pecados al conocer él la ruina de tu alma? ¿Crees que no se ha preocupado de ti y de tu salvación eterna? ¿Crees que no murió también por ti? Levanta tu cabeza, piensa en la eternidad, mira tu alma muerta o enferma y reacciona. Mientras hay vida hay esperanza. No te burles de Dios, no blasfemes contra Dios, él te tiene paciencia, pero ¿hasta cuándo?

Te recomiendo que, si no crees en Dios, ores como si creyeras y verás la respuesta de Dios. Dile algo así: *Dios mío, no sé si tú existes, pero quisiera que tú existas. Quisiera creer en ti. Por favor, estoy en duda. No sé orar, no sé si tú me escuchas, pero te pido que, si existes y me oyes, me respondas y me digas: “Sí, aquí estoy”. Por si acaso existes, quiero ofrecerte todas las flores del jardín de mi alma, todas mis obras buenas, todos los besos de mi corazón, todo el cariño y amor que he demostrado a alguien en esta vida. Te ofrezco mi vida para amarte cada día más y hacer de mi vida un campo de amor, lleno de flores con mi alma en flor como en primavera. Amén.*

SOMOS DÉBILES

Los golpes de la vida como enfermedades, accidentes, etc., nos hacen sentir nuestra debilidad personal para no creernos superhombres y creer que nosotros nunca vamos a enfermar o nunca nos va a pasar nada grave. Pudiera sucedernos como a aquel chófer que decía: *Yo soy un buen chófer, manejo el coche con prudencia y nunca en mis 40 años de trabajo me ha sucedido nada.* Y lo decía

con el orgullo de quien cree que, como nunca había tenido un accidente, nunca lo tendría, como si tuviera por sí mismo un seguro contra accidentes de por vida. Y sucedió lo que nunca pensó, que a los pocos días tuvo un accidente con el coche y murió.

Sí, como débiles por naturaleza, somos vulnerables. En tiempos de la pandemia del coronavirus, muchos sintieron por primera vez en su vida la debilidad del ser humano y el miedo a la muerte. Muchos sufrieron la pérdida de seres queridos. El mundo aparecía por primera vez ante sus ojos con un enemigo invisible que puso en jaque a todos los países del mundo. No faltaron quienes, en esos momentos de confinamiento, pudieron reflexionar seriamente en su vida y decidieron orar más y acercarse a Dios. Otros quizás se encerraron en su propia soledad, en su mundo interior, esperando la normalidad para volver a seguir con el mismo ritmo de fiestas y diversiones. Lo cierto es que para el que no tiene fe, estos sucesos les hacen rebelarse. Buscan a quién echarle la culpa: ¿Al gobierno? ¿Al país responsable de los sucesos desastrosos? ¿Y qué ganan con echar la culpa a otros? ¿Llenarse de odio y resentimiento? ¿Acaso el odio y el rencor o la venganza los va a hacer más felices?

Es importante saber afrontar el sufrimiento, sea por las causas que sean, con fe. Sin fe el dolor y el sufrimiento no tienen sentido. Y una vida sin sentido es todo menos feliz. El no creer en Dios hace al ser humano estar sin brújula que los guíe, sin una esperanza más allá de las perspectivas de este mundo. En una palabra, sin fe uno está perdido y busca a tientas dónde agarrarse para poder vivir con alegría e ilusión.

C.S. Lewis decía: *Un libro sobre el sufrimiento que no habla del cielo, está omitiendo por completo una parte de la historia.* El sufrimiento es una parte integrante de nuestra existencia, queramos o no, todos tendremos mucho o poco que sufrir. Y lo cierto también es que, tarde o temprano, vamos a morir. ¿Qué hay más allá de la muerte?

Un día oyendo la radio, un periodista decía: *Ahora, en tiempo de pandemia, debemos tener esperanza en salir cuanto antes de este estado de alarma para volver a la normalidad y seguir con nuestra vida anterior.* Y añadía: *Al final, todos moriremos, pero ¿qué hay después de la muerte?* Y respondía: *Nadie lo sabe.*

Quería dar esperanza, pero sabiendo que al final: *Nadie sabe adónde va a parar.* ¡Qué pena! Le faltaba la perspectiva eterna, la dimensión espiritual de su existencia y solo veía sentido en vivir lo mejor posible y con todos los placeres posibles hasta la muerte. Y después, ¿no importaba nada el después? ¿Estaba seguro de que iba a encontrar la nada absoluta?

Charles Haddon Spurgeon escribió: *Dios es demasiado bueno como para ser cruel y demasiado sabio como para equivocarse. Cuando no podamos ver su mano, debemos confiar en su corazón.*

AMOR AL PRÓJIMO

El escritor ruso Turgueneff relata que, en cierta ocasión, se encontró con un mendigo sucio y mal vestido. Dice: *Lloraba y pedía una limosna. Rebusqué en todos mis bolsillos, pero no tenía dinero. El mendigo esperaba. Su mano extendida temblaba ligeramente. Perplejo, cogí su mano sucia y la estreché y le dije: Perdona, hermano, no tengo nada que darte. El mendigo me miró, dejando entrever una sonrisa y correspondió el apretón de manos. No te molestes, me dijo, gracias por este gesto que ha sido para mí un gran regalo. Gracias.*

Guido de Fontgalland era un joven francés, cuya biografía es conocida en todo el mundo. Cuando solía dar limosna a un pobre, solía apretarle la mano. Y, cuando le preguntaron por qué lo hacía, respondió: *Quiero ofrecer algo a los pobres. El dinero que doy es de mi padre, pero el apretón de manos es mío.*

Cuenta Rilke que *en París pasaba siempre junto a una mujer a la que arrojaba una moneda en el sombrero. La mendiga permanecía totalmente impasible como si careciese de alma. Un buen día Rilke le regala una rosa. Y en ese momento su rostro florece. Él ve por primera vez que ella tiene sentimientos. La mujer sonrío, luego se marcha y durante ocho días deja de mendigar porque le han dado algo más valioso que el dinero.*¹

Raúl Follereau, el apóstol de los leprosos, refiere que, en una oportunidad, estaba haciendo una visita a una leprosería en una isla del Pacífico. Y en medio de tantas llagas y mutilaciones horribles, producidas por la enfermedad, observó que había un anciano enfermo, que siempre estaba sonriente y con los ojos luminosos. Tenía el cuerpo cubierto de llagas como sus compañeros, pero irradiaba amor y paz.

Follereau lo espía para encontrar una razón a su felicidad. Y descubrió que todos los días, al amanecer, el anciano leproso se arrastraba hasta la verja de la leprosería y se quedaba esperando. No esperaba la salida del sol. Esperaba a una anciana señora, que tenía el rostro arrugado, pero unos ojos llenos de dulzura. La mujer no decía una sola palabra. Sólo le dirigía miradas llenas de dulzura y las más hermosas sonrisas. Y el rostro de aquel hombre se iluminaba y le respondía también con sonrisas. Después de unos pocos minutos, el anciano se incorporaba y regresaba al pabellón de los enfermos.

Cuando Raúl Follereau le preguntó quién era, le respondió: *Es mi esposa. Antes de venir aquí, me curaba en secreto con todos los remedios que encontraba. Ella todos los días me recubría la cara con una pomada, excepto un pequeño espacio, lo suficiente como para colocar sus labios y darme un beso. Pero me cogieron y me trajeron aquí. Ella me siguió. No la dejaron entrar. Por eso, cada*

¹ Ratzinger Joseph, *Dios y el mundo*, Ed. Círculo de lectores, Barcelona, 2002, p. 181.

día viene a verme y me hace sentir que me quiere. Sólo por ella vale la pena seguir viviendo. Su sonrisa me alegra la vida y me hace sentirme feliz.

El gran escritor ruso Fedor Dostoievski (1821-1881) cuenta: *Un día iba yo con otros presidiarios por las calles de Omsk, cuando se me acercó una niña de unos diez años y me dio una moneda, diciéndome: “Toma este kopeck en nombre de Cristo”.* Afirma que guardó aquella moneda durante muchos años por la gran alegría que le produjo el que alguien hubiera tenido un poco de amor y caridad para él, un pobre y despreciado presidiario.

Allí en Siberia aprendió a rezar. En su novela *Los hermanos Karamazov* escribe: *Un condenado a muerte puede pasar sin Dios menos que un hombre libre. Nosotros los hombres subterráneos cantaremos desde las entrañas de la tierra un himno trágico al Dios de la alegría, Viva Dios y viva su alegría divina. Yo lo amo.*²

Dice Victor Frankl, el famoso psiquiatra austriaco: *Cuando estaba en un campo de concentración en la segunda guerra mundial (por ser judío) recuerdo que un día un capataz me dio en secreto un trozo de pan que debió haber guardado de su propia ración del desayuno. Pero me dio algo más, un algo humano que hizo que se me saltaran las lágrimas, fue la palabra, la mirada con que aquel hombre acompañó el regalo.*³

Cuenta la Madre Teresa de Calcuta: *Un día yendo por la calle me encontré con una niña que estaba tosiendo y casi muerta de frío con un vestido roto y sucio. Todos pasaban de largo. Aquel espectáculo me dolió y me hizo exclamar interiormente: ¿Cómo Dios permite todo esto? ¿Por qué no hace algo para que esto no suceda? De momento la pregunta quedó sin respuesta. Por la noche, en el silencio de mi habitación, pude oír la voz de Dios que me decía: “Claro que hice algo para solucionar estos casos, te he hecho a ti”.*

VALOR DEL SUFRIMIENTO

El padre Ignacio Larrañaga en su libro *El arte de ser feliz* escribe: *He conocido familias piadosas que vivieron siempre según sus exigencias de una fe consecuente y ahora, de pronto, les ha caído una cadena de infortunios (accidentes de carretera, muertes prematuras, injusticias, quiebras económicas). No hay otra explicación: están sufriendo por los demás.*

He conocido madres de familia, que durante largas épocas llevaron una vida intachable y ahora, de repente, han sido visitadas por la incomprensión, la calumnia, la traición o una cruel enfermedad. Si Dios es justo, esto es incomprendible; no hay otra explicación, sino ésta: están sufriendo por los demás.

² Ayllón José Ramón, *Dios y los naufragos*, Ed. Belacqua, Barcelona, 2004, p. 105

³ Frankl Víctor, *El hombre en busca de sentido*, Ed. Herder, Barcelona, 1981, p. 86

He visto criaturas pequeñas sin culpa ni malicia marcadas para siempre por la enfermedad; trabajadores que fueron despedidos, quedándose sin pan y con ocho hijos en casa; basta asomarse a los pabellones de un hospital para ver cuántos enfermos se consumen lentamente durante años y años, hasta extinguirse por completo en una cama; basta recorrer cualquier calle y entrar casa por casa para encontrarnos con centenares y millares de víctimas de la mentira, la traición, enfermedades incurables, agonías dolorosas...Sabiéndolo o sin saber, están sufriendo y muriendo por los demás, con Cristo, cargando sobre sí las cruces de la humanidad.

Me diréis que esto es incomprensible, que es absurdo, que no tiene lógica. Desde luego, si miramos las cosas a través de una prisma de normalidades, todo esto atenta contra el sentido común y está en contra de la equidad y de la justicia.

Pero después de lo que sucedió en el Calvario, después de que Dios extrajo de la muerte vida y del fracaso total el triunfo definitivo, todas las normalidades se vinieron abajo, las lógicas humanas se las llevó el viento, subieron y bajaron las jerarquías de valores, se hundieron para siempre las coordenadas del sentido común y, finalmente, nuestras medidas no son sus medidas ni sus criterios nuestros criterios. El Calvario es la revolución de todos los valores...

He presenciado en los hospitales, y repetidas veces, la siguiente escena: cuando yo les explicaba a los enfermos incurables cómo estaban compartiendo los dolores del Crucificado y cómo estaban acompañándolo en la Redención del mundo, he visto, mientras ellos miraban fijamente el crucificado, cómo sus rostros se revestían de una paz inexplicable y de una alegría misteriosa. Seguramente, sentían que valía la pena sufrir, porque habían encontrado un sentido y una utilidad a su sufrimiento.

Su dolor tenía ya un carácter creador, como el dolor de la madre que da a luz. Yo no sé si a esto se le podría llamar alegría en el dolor. En todo caso, es la victoria y satisfacción de quien ha arrancado al dolor su aguijón más terrible, el sin sentido, la inutilidad.

Un enfermo inútil para todo (humanamente) o cualquier otro atribulado por las penas de la vida, toma conciencia de que, en la fe y en el amor, está participando activamente en la salvación de sus hermanos, de que está completando lo que les falta a los padecimientos del Señor; de que su sufrimiento no es sólo útil a los demás, sino que cumple un servicio insustituible en el plan de salvación; de que está enriqueciendo a la Iglesia tanto o más que los apóstoles y misioneros; de que su sufrimiento, asumido con amor, es el que abre el camino a la gracia más que cualquier otro servicio; de que los que sufren con fe y amor hacen presente en la historia de la humanidad la fuerza de la redención más que ninguna otra cosa; y, en fin, de que están impulsando el reino de Dios desde dentro hacia delante y hacia arriba. ¿Cómo no sentir satisfacción y gozo?

Piensa: con el correr del tiempo tu nombre desaparecerá de los archivos de la vida. Tus nietos y biznietos serán también sepultados en el olvido y sus nombres se los llevará el viento. De tu recuerdo no quedará más que el silencio.

Pero, si has contribuido a la Redención del mundo, asociándote a la tarea redentora de Jesús con tu propio dolor, habrás abierto surcos indelebles en las entrañas de la historia, que no los borrarán ni los vientos ni las lluvias; habrás realizado una labor, que trasciende los tiempos y los espacios ¿Cómo no sentir satisfacción y gozo? Así se comprende aquella explosión de Pablo, cuando dice: “Ahora me alegro de mis padecimientos” (2Co 12,10).

Dejo, pues, sobre tu cabeza doliente esta bendición: “Bienaventurados los que sufren en paz la tribulación y la enfermedad, porque serán coronados con una diadema de oro”.⁴

Decía la Madre Teresa de Calcuta: El dolor es un don de Dios, es el don más bello que una persona puede recibir. Descubrir el dolor como un regalo de Dios viene a ser la más alta sabiduría a que el hombre puede aspirar. Encontrar a Dios en la cruz, la alegría en el dolor y la serenidad en las pruebas nos convierte en corredores de nuestros hermanos, identificándonos con el que por nosotros murió en la cruz.

DIOS ES BUENO

Dios es demasiado bueno como para hacerte sufrir sin motivo. Dios no juega a divertirse, viéndote sufrir. Dios es amor, te ha creado por amor. Nos ha amado tanto a los hombres que, para reparar las graves ofensas de la humanidad a su amor misericordioso desde Adán a través de los siglos, “inventó” lo que nunca un ser humano normal hubiera podido ni siquiera imaginar. Venir personalmente y hacerse uno de nosotros para reparar por sí mismo en carne mortal todos los desastres ocasionados por los pecados de los hombres.

Imaginemos que un gran rey de un gran imperio terrenal con su gran sabiduría personal hubiera inventado un superordenador, capaz de conocer los secretos más íntimos del corazón humano con el fin de poder ayudar a cada uno según su necesidad y así hacerlo feliz, dándole personalmente los medios necesarios para ello. Pero un súbdito envidioso, que solo quería ser feliz él solo, destruyó el superordenador. Y nadie podía ayudar a tantas personas que tenían un corazón roto por los problemas conyugales, familiares o por enfermedades o tribulaciones personales.

El único que podía arreglar la situación era el mismo rey. Él era el único que conocía cómo hacer un nuevo superordenador o arreglar el antiguo para que

⁴ Nota.- Ignacio Larrañaga, *El arte de ser feliz*, Ed. Paulinas, Lima, 2003, (pp. 129-133).

podría de nuevo estar en funcionamiento. Y así lo hizo. Un día se quitó sus vestiduras reales y su corona real y, vestido como un simple trabajador, se presentó a arreglar el aparato. Tuvo que pasar un buen tiempo para hacerlo y tuvo mucho que sudar y ensuciarse para conseguirlo, pero al fin lo consiguió y se sintió feliz de haber salvado a la humanidad de tanto sufrimiento que debía padecer sin esperanza de curación.

Algo así, salvando las diferencias y la pobreza del ejemplo, sucedió con nuestro Padre Dios, que envió a su Hijo, que se hizo hombre como nosotros y nos enseñó el camino de la salvación. Así consiguió darnos esperanza, porque la vida no termina con la muerte, sino que sigue en una eterna felicidad en el cielo. Jesús nos salvó de la muerte eterna. Jesús nos dio esperanza para poder disfrutar de sus bendiciones en esta vida y más allá de la muerte.

VIVIR CON EL CORAZÓN VACÍO

Esta vida es una oportunidad que Dios nos da para crecer en el amor. Fuimos creados por amor y el sentido de nuestra vida está en amar a Dios y a los demás. En la medida en que en esta vida crezcamos en el amor, en esa medida seremos más o menos felices en el cielo por toda la eternidad. Dicho de otra manera: *Nuestro cielo será tan grande o tan pequeño como la medida de nuestro amor*. Por tanto, no todos seremos igualmente felices en el cielo, sino de acuerdo a nuestra capacidad de amar, que nos da a la vez la capacidad de ser más o menos felices.

Por eso, hay que vivir con la mirada alta, la frente serena, la mente puesta en Dios que nos espera al final del camino de la vida. No podemos darnos el lujo de perder el tiempo. Es muy triste ver por la vida mucha gente que no sabe por qué viven ni para qué. Y se pasan horas y horas viendo televisión o buscando placeres o diversiones como si eso los fuera a hacer más felices. El placer es una satisfacción corporal, pero la verdadera felicidad es algo permanente, es algo del alma y es para siempre.

¡Cuántas vidas perdidas en diversiones y placeres! ¡Cuánto tiempo perdido, cuando hay tanto que hacer para hacer felices a los demás, especialmente a los que están tristes por enfermedades o soledad o falta de medios de subsistencia! Otros, por el contrario, nunca tienen tiempo para Dios, porque eso solo es, dicen, para los ociosos. Su único deseo es trabajar y trabajar para tener más dinero y más cosas. Como si con ello fueran a ser más felices. La felicidad no está en tener más cosas, no está en ningún lugar concreto de la tierra. La felicidad o la tenemos dentro o no la tenemos. Y solo los que tienen a Dios y aman a Dios y, por Dios a los demás, podrán disfrutar de esa felicidad que solo Dios puede darnos.

Por eso te recomiendo que vivas con intensidad, es decir, que vivas cada minuto de sesenta segundos que te lleven al cielo. Toma tu vida en serio. La vida es algo serio. Aprovecha el tiempo al máximo. No te olvides nunca de que la vida se acaba momento a momento, que el tiempo disponible es muy corto y que te vas

haciendo viejo segundo a segundo. No te gloríes de tu salud y de tu juventud. Esto se acabará. Además, ¿tienes comprada la vida hasta los 90 años? Puedes morir en cualquier momento y debes estar preparado, preparado para morir. Piensa en la eternidad y vive para la eternidad. Hazlo todo en esa perspectiva eterna como aquel gran pintor, Apeles, que decía: *Yo pinto para la eternidad*; puedes decir tú de ti mismo: ¡Vivo para la eternidad!

Son muchísimos los hombres que han vivido antes de ti y han confiado en Dios con los ojos cerrados y nunca se han arrepentido. Los santos se echaron a ojos ciegos en sus manos divinas y nunca quedaron defraudados.

Piensa un poco: Dejarte llevar del placer por el placer es signo de poca personalidad. Procura conocerte a ti mismo con tus defectos y miserias. No te dejes llevar de arrebatos de mal humor que pueden destruir en un momento todo lo que has construido en muchas horas de trabajo. Sé fuerte como las rocas y dulce y amable como la miel. Lo cortés no quita lo valiente.

Y piensa también en superar tus instintos. La pureza es solo para hombres y mujeres de carácter que luchan por conquistarla, aunque la lucha sea dura todos los días. ¡Qué pena da ver millones de jóvenes que han perdido la ilusión por vivir, porque han adquirido enfermedades por su impureza! Jóvenes con grandes cualidades. Sus padres esperaban mucho de ellos y lo mismo sus maestros y los que los conocían. Pero ahora se los ve con las alas rotas en medio del pantano, pisoteados por el fango, cuando estaban hechos para volar por las alturas del cielo.

Si los cementerios hablaran, quedaríamos aterrados por el gran número de hombres y mujeres que han sido víctimas de los vicios sexuales. Así que no digas que “no pasa nada”, que todo es cuento. Hay demasiados demonios de carne y hueso caminando por las calles que te van a invitar a seguir su camino de drogas y corrupción. No caigas en la trampa. El que ama el peligro perece en él y el que juega con fuego se quema. Tú debes vivir para la eternidad y no para los cuatro días de este mundo. No te dejes llevar por los vicios.

¿Has caído muy bajo? No te desanimes. Puedes comenzar de nuevo. Tu Padre Dios te espera a la vuelta del camino. Él nunca te abandonará, mientras tú no lo rechaces y lo alejes de ti. Él te sigue esperando y no se cansará de esperarte y tenerte paciencia. Él te ama, pero no sigas pecando.

Te contaré una historia real. Un joven fue invitado un día por sus compañeros a ir a un prostíbulo. Tuvo que luchar consigo mismo, pero venció. Y escribió en su Diario: *Era una noche de invierno, las estrellas parpadeaban con una luz fría. Después de la batalla, me paseaba por la calle entre la nieve. Miré al cielo y exclamé: Oh estrellas, vosotras sois puras, resplandecientes y limpias. ¡Cuánto barro hay en la tierra, cuántas almas sucias caminan por el mundo! Y mis pensamientos volaron hacia Dios y decidí ser puro para siempre.*

SUPÉRATE

Cada día al amanecer hay que decir: Hoy comienzo una nueva vida. Hoy quiero amar con un nuevo amor a todos los que me rodean. Hoy extraigo todo el odio de mis venas y comienzo una nueva vida, procurando hacer felices a todos mis hermanos.

Cuánto vale sonreír a un anciano, orar por un agonizante, abrazar a un amigo, alegrar la vida de un niño o de alguien que esté triste. ¡Cuánta alegría se puede repartir a los que están a nuestro alrededor! Por eso, ten deseos de superación. No te estanques, no te quedes satisfecho con lo que eres y tienes. Aspira a las cumbres elevadas, sueña con un ideal. Y no te canses de avanzar un poco más cada día en el camino del amor a Dios y a los demás. Haz algo que valga la pena, no te dejes llevar por el desaliento, por la depresión o el mal humor. Dios te ha creado para algo y te ha dado una misión que cumplir en este mundo. Tu eres diferente a todos los demás seres humanos. ¿No sabes cuál es tu misión? Haz el bien sin mirar a quien. Ama a todos sin distinción. El amor es el fin de la vida, amar a todos es lo que da sentido a la vida. Al final, como diría san Juan de la Cruz: En la tarde de la vida nos examinarán del amor.

Por eso, lucha y trabaja por escribir cada día la página mejor del diario de tu vida. No te laments tanto por las cosas negativas. Haz algo para alegrar la vida de los demás. Y, si no puedes hacerles bien, al menos nunca hagas daño a nadie. Sé bueno con todos, sé sincero, honrado, responsable, decente, auténtico y servicial. Que todos vean en ti un verdadero amigo en quien pueden confiar y Dios tu padre se sentirá orgulloso de ti.

No te preocupe ser famoso en este mundo, ni tener mucho poder humano, ni tener mucho dinero. Trata de ser grande a los ojos de Dios. Cumple tu misión.

*Si no puedes ser pino en la cima de una colina,
sé maleza en el valle,
pero sé la maleza mejor junto al torrente.
Sé arbusto, si no puedes ser árbol.
Si no puedes ser sol, sé estrella.
No vencerás por el volumen,
sino por ser el mejor de los que seas.*

*Si piensas que estás vencido, lo estás.
Si piensas que no te atreves, no lo harás.
Si piensas que te gustaría ganar, pero que no puedes,
es casi seguro que no lo harás.
Si piensas que perderás, has perdido ya.
En el mundo encontrarás
que el éxito comienza por la voluntad.
Todo depende de nuestra actitud mental.*

*Por eso, muchas carreras se han perdido
antes de haberse corrido.
Y muchos cobardes han fracasado
antes de haber comenzado la carrera.
Si piensas cosas grandes, llegarás a ser grande.
Si piensas en pequeño, te quedarás atrás.
Piensa que puedes y podrás.
Tienes que pensar con firmeza para elevarte
y conseguir tu ideal.
Tienes que estar seguro de ti mismo
para poder conseguir el triunfo.
La batalla de la vida no siempre corona
al más fuerte o al más ligero.
Tarde o temprano, el hombre que triunfa
es aquél que cree poder triunfar.
(Dr. Barnard)*

Y recuerda que el único fracasado es el que se da por vencido. Por eso, aun en medio de las mayores dificultades y fracasos de la vida, confía en Dios y pon de tu parte lo que puedas, Dios no puede pedirte más. Duerme tranquilo, pues tu Padre Dios está contento de ti y te ama tal como eres.

Y recuerda lo que decía el poeta Ricardo León: *Hay que despertar al ángel que todos llevamos dentro.*

Hay que sacar toda la música que llevamos dentro para hacer felices a los demás, porque seremos felices en la medida en que hagamos felices a los demás.

LA MUERTE

De vez en cuando piensa en la muerte. Recuerda que solo se vive una sola vez, no hay otra alternativa, no hay reencarnación. No dejes escapar ninguna oportunidad de hacer el bien, de hacer feliz a alguien. El tiempo de la vida es corto, aprovéchalo. Alguien dijo que somos astronautas de la eternidad. Nuestro destino es la eternidad. ¿Estás preparado para afrontar una eternidad feliz? ¿O prefieres una eternidad sin Dios en compañía de los demonios? ¿Tienes listas las maletas? Debes estar ligero de equipaje. Para el gran viaje de la eternidad no se pueden llevar cosas materiales, sino solo el amor acumulado.

¿Qué harías si vas mañana al médico y después de unos exámenes te dice que te quedan dos meses de vida? ¿Cómo te sentirías? ¿Qué harías en el poco tiempo que te queda de vida? ¿Qué planes tienes para tu vida? San Francisco de Sales le preguntó a un joven estudiante: ¿Qué estudias?

- Quiero ser abogado

- ¿Y después?

- Después sacaré mi título y trabajaré.
- ¿Y después?

Después me casaré y tendré mis hijos.

- ¿Y después?
- Después me compraré una casa y trataré de ser feliz con mi familia.
- ¿Y después?
- Después me haré viejo y me jubilaré.
- ¿Y después?
- Después, un día me moriré.
- ¿Y después?
- ¿Después? No sé, espero ir al cielo.
- ¿Y tú estás planificando tu futuro? ¿Y después de esta vida? ¿Vives para Dios, para la eternidad o solo pensando en los cuatro días de este mundo?

Piensa que también existe la muerte eterna en el infierno. Por eso san Agustín decía: *Hay algunos que tienen miedo de la muerte del cuerpo y no tienen miedo de la muerte del alma* (por el pecado mortal), *que es la verdadera muerte* (Enarrat in ps 48, 2, 2)

¡Qué hermoso es poder ser conscientes del gran valor de la vida y vivir con entusiasmo y amor hasta el instante final! Así vivía su ancianidad el gran poeta hindú Tagore, que, en su *Poema de despedida*, dice:

“Es hora de partir, hermanos míos, hermanas mías. Ya he devuelto la llave de mi puerta. Hemos sido vecinos mucho tiempo y recibí de vosotros más de lo que puedo daros. Ya se va poniendo el día y se ha apagado la lámpara, que iluminaba mi rincón oscuro. Ya oigo la orden de partir y estoy pronto para emprender el camino. Adiós”.

Paul Claudel escribía:

**¿Acaso vivir es el fin de la vida?
 ¿Acaso vamos a permanecer eternamente
 sobre la tierra?
 Lo importante es amar.
 Aquí está la dicha, la gracia,
 el sentido de la vida y la eterna juventud.
 ¿Qué vale el mundo comparado con la vida?
 ¿Y para qué sirve la vida sino para darla?
 Por eso, no te atormentes tanto,
 cuando es algo tan simple, amar y obedecer.**

Y el gran poeta y sacerdote español José Luis Martín Descalzo escribía:

**Morir es sólo morir.
Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta
y encontrar lo que tanto se buscaba.
Acabar de llorar y hacer preguntas,
ver al Amor sin enigmas ni espejos,
tener la paz, la luz, la casa juntas
y hallar, dejando los dolores lejos,
la noche-luz tras tanta noche oscura.**

HACIA EL ENCUENTRO

Cada día, Señor, es un regalo:
un regalo a mi vida y a mi alma.

En *mi tierra* se va muriendo el sol
y en mi *espíritu* nace la alborada.
Quiero ya estar un poco al otro lado;
sin cadenas, con fe, sin añoranzas...

Lo que viví fue hermoso... Hazme sentir
que será mucho más lo que me aguarda.
Hay que dejar... ¿*Dejar*? Quiero olvidarme
de que existe siquiera esa palabra.
¿Dejar la vida? ¡No! ¡Encontrar la Vida!
¡cambiar la noche oscura por el alba!

Cada día, Señor, ya es un regalo...
Por el río, hacia el mar, voy en mi barca.
No tengo remos, ni timón, ni vela:
tan solo la corriente es la que manda.
Nadie detiene el río, nadie puede
parar su ritmo, ni dormir sus aguas.
Es imposible pretender hacerlo;
como aire entre las manos, ¡se me escapa!

Lejana ya la fuente, cerca el mar:
cada vez más *ayer*, menos *mañana*.
Y tranquilo, sabiendo que Tú guías,
hacia el mar mi pobre barca.
Te presiento más cerca, más amigo:
me estremece una dulce confianza.
Me siento desterrado del destierro,

mas dentro de tu amor, ¡y eso me basta!

Cada minuto más, ya es un regalo...
Tú eres mi luz, mi fin y mi esperanza.
Y, por eso, feliz, hacia el encuentro,
por el río-hacia el mar-voy en tu barca...

Padre Guervós O.P.

VACÍO EXISTENCIAL

Hoy día más que nunca, los consultorios de los adivinos y magos están llenos de clientes que dicen no creer en Dios o no practicar su fe. Prefieren ir al psiquiatra que a la iglesia. Y muchos psiquiatras ya les han recomendado que deberían ir al sacerdote a liberarse de sus pecados y a reconciliarse con Dios antes que a sus consultorios. Por eso decía J.C. Jung por experiencia: *De todos mis pacientes que han rebasado la mitad de la vida, es decir, los 35 años de edad, no hay uno cuyo supremo problema no sea el religioso. En último término están enfermos por haber perdido aquello que la religiosidad viva ha podido dar en todos los tiempos a sus seguidores y ninguno ha sanado, si no ha podido recobrar sus convicciones religiosas.*⁵

El famoso psiquiatra Victor Frankl decía: *El que no cree en Dios es capaz de creer en cualquier cosa. Los clientes de los psiquiatras no sufren hoy tanto de complejos de inferioridad o de otros complejos, sino sobre todo de falta de sentido de la vida, tienen un vacío existencial profundo. Las personas, que se alejan de Dios y de la religión, buscan con particular ahínco el placer y las diversiones, porque su vida ha quedado vacía y sin sentido.*⁶

Veamos ahora algunos grandes hombres, que superaron un vacío interior al encontrar a Dios.

a) SAN AGUSTÍN

En este mundo en que vivimos pareciera que todo vale, que no existe el pecado. Que todo es bueno, que el bien o el mal depende de lo que uno cree como tal y no de algo objetivamente malo o bueno en sí mismo y que, por tanto, debemos o no debemos hacer. Existe ciertamente un eclipse de Dios, un vacío de Dios, una falta del sentido de la vida. Muchos jóvenes parecen ir viento en popa. La vida les sonrío con buena salud y diversiones y fiestas constantes. Tienen libertad para hacer lo que quieran y procuran disfrutar de todos los placeres que ofrece la vida sin limitaciones y sin problemas morales.

⁵ Citado por Tihamer Toth, *Eucaristía*, Ed. Atenas, Madrid, 1994, p. 58

⁶ Frankl Victor, *Ante el vacío existencial*, Ed. Herder, Barcelona, 1990, p. 18

Pero la ausencia de Dios se les nota en la sonrisa vacía, en los rostros tristes o coléricos. En el fondo no son felices. Les pasa como a san Agustín. Después de una juventud de diversiones y placeres, teniendo una conviviente y un hijo de ella, a sus 30 años ya era un respetable profesor en Milán, pero su vida estaba vacía. Por eso escribió en las Confesiones: *Recordaba nervioso el tiempo transcurrido desde mis 19 años, cuando empecé a arder en deseos de la sabiduría, cuando decidí que una vez hallada esta, abandonarías todas las expectativas vanas y las locuras engañosas de las pasiones.*

Tenía ya 30 años y seguía vacilando en el mismo barro. Estaba lleno de deseos de disfrutar, de disfrutar de las realidades presentes que se desvanecían y que al mismo tiempo me iban desintegrando. Mientras tanto, yo me decía: Mañana hallaré la verdad. Mañana aparecerá con toda claridad o ¿es cierto que (como dicen algunos) no hay certeza posible que nos sirva de apoyo para defendernos en la vida?...

Pero vamos poco a poco. También el mundo tiene su encanto y no pequeño. No hay que precipitarse en cortar radicalmente el impulso que nos lleva hacia él, porque el gesto de volver de nuevo a las realidades mundanas resultaría algo indecoroso. Cuento con un número de amigos influyentes. Sin llevar las cosas con demasiada precipitación me pueden dar una presidencia. Me casaré con una mujer de buena posición económica para no cargar excesivamente mis gastos. Todo ello será la culminación de mis ambiciones. Ha habido muchas y grandes personalidades, hombres muy dignos de imitar, quienes en compañía de sus mujeres se han consagrado al estudio de la sabiduría.

Iba pasando el tiempo y tardaba en convertirme. Iba aplazando el asunto día tras día. Amaba la vida feliz. Pensaba que iba a ser muy desgraciado privándome de las caricias de una mujer. Creía que la continencia dependía de las propias fuerzas...

Vacilaba entre morir a la muerte y vivir a la vida. Podía más conmigo lo malo inveterado que lo bueno desacostumbrado. Me retenían frivolisísimas frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías, que tiraban de mi vestido de carne y me decían por lo bajo: ¿Nos dejas? ¿Desde este momento jamás te será lícito esto y aquello? Y qué cosas me sugerían en lo que llamo esto y aquello. ¿Qué inmundicias me sugerían, qué indecencias!... Y la costumbre brutal y agresiva continuaba diciéndome: ¿Tú crees que podrás vivir sin ellas?

Era una contienda que había en mi corazón, de mí mismo contra mí mismo. Se formó una borrasca enorme que se resolvió en abundante lluvia de lágrimas. Para descargarla en su totalidad con todo el aparato de

truenos, me levanté para separarme de Alipio, pues me pareció que para llorar era más conveniente la soledad y me retiré lo más lejos que pude... Y yo decía: “Señor, no te acuerdes de mis maldades pasadas”, y con voz lastimera decía: “¿Hasta cuándo voy a seguir diciendo mañana, mañana? ¿Por qué no ahora mismo? ¿Por qué no poner fin ahora mismo a todas mis torpezas?”

De repente oigo una voz no sé si de niño o de niña, que decía cantando y repetía muchas veces: “Toma y lee, Toma y lee”. Conteniendo pues las fuerzas de las lágrimas, me incorporé interpretando que el mandato que venía de Dios no era otro que abrir el códice (la Biblia) y leer el primer capítulo con que topase. Tomé el códice en mis manos, lo abrí y en silencio leí el primer capítulo que me vino a los ojos: “Nada de banquetes ni borracheras, nada de prostitución o de vicios o de pleitos o de envidias. Más bien, revístanse de Cristo Jesús el Señor. No se conduzcan por la carne, poniéndose al servicio de sus impulsos” (Romanos 13, 13-14). No quise leer más ni era necesario tampoco. Al punto, nada más acabar la lectura de este pasaje, sentí como si una luz de seguridad se hubiera derramado en mi corazón, ahuyentando todas las tinieblas de mis dudas.

¡Qué agradable me resultó de golpe dejar la dulzura de mis frivolidades! Antes tenía miedo de perderlas y ahora me gustaba dejarlas. Eras tú quien las iba alejando de mí. Tú, suavidad verdadera y suprema. Tú, que eres más suave que todos los deleites, aunque no para los sentidos corporales. Tú, que eres más resplandeciente que toda luz, más escondido que todos los secretos y más alto que todos los honores.

San Agustín cambió radicalmente su vida. Ahora ya tenía sentido, no estaba vacía y sin Dios. Ahora estaba llena de luz y de paz. Ahora tenía un inmenso sendero que recorrer en su camino hacia Dios por la senda del amor. Por eso solía decir. *A Dios vamos, no caminando, sino amando.* (Carta 155, 4, 13) *Amar es caminar* (Enarrat in ps 147, 6).

Y anota: *En esta vida somos caminantes. ¿Me preguntas qué es caminar? Avanzar siempre, debes estar siempre descontento de lo que eres, si quieres llegar a ser lo que no eres. Si te complaces en lo que eres, ya te has detenido allí. Y si dices: “Ya basta”, estás perdido. Vete siempre sumando, camina siempre, avanza siempre, no quieras quedarte en el camino, no vuelvas atrás, no te desvíes. Se detiene el que no adelanta, vuelve atrás el que retorna a las cosas que ya dejó. Se desvía el que pierde la fe. Más seguro anda el cojo en el buen camino que el corredor fuera de él.* (Sermón 169, 18).

Canta y camina. Alivia tu fatiga de caminante con el canto. No te domine la pereza. Canta y camina. ¿Qué significa camina? Avanza siempre

en el bien. Pues no faltan quienes retroceden, yendo de mal en peor. Si tú progresas y adelantas, caminas, pero progresa en el bien, progresa en la fe, progresa en las buenas costumbres. Canta y camina. No te vuelvas atrás, no te detengas (Sermón 265,3).

Nuestra vida es una peregrinación. Y como tal está llena de dificultades. Pero nuestra madurez se fragua en las dificultades. Nadie se conoce a sí mismo, si no es sometido a prueba. Y no puede ser coronado, si no vence. Ni vencer, si no pelea. Ni pelear, si carece de enemigos (Enarrat in ps 60,3).

La vida es una lucha (Sermón 128,10). Luchamos cada día en nuestro corazón (Enarrat in ps 99,11). Nuestro corazón es un continuo campo de batalla. Un solo hombre lucha con una multitud en su interior, porque allí le molestan las sugerencias de la avaricia, los estímulos de la liviandad, las atracciones de la gula...y con todo esto es difícil que no reciba ninguna herida (Enarrat in ps 99,11).

Y nos habla de la lucha interna que tuvo que soportar para liberarse de sus malas costumbres: *Mis dos voluntades, una vieja y otra nueva, aquella carnal y esta espiritual, luchaban entre sí y con su desavenencia desgarraban mi alma (Confesiones 8,5). Pero qué agradable me resultó dejar de golpe la dulzura de las frivolidades.*

A san Agustín se le considera el incansable buscador de la verdad. Y por experiencia nos dice: *Donde encontré la verdad, allí encontré a Dios, la mismísima verdad (Confesiones 10, 24, 35). Buscar a Dios es buscar (no solo la verdad), sino la felicidad. Donde encontré la verdad, encontré (en Dios) la felicidad misma. (De las costumbres de la Iglesia católica 11, 18). Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descanse en Ti (Confesiones 1,1).*

Por eso le dolía tanto el tiempo perdido de su juventud en placeres y diversiones. Y repetía: *Cuán tarde te conocí, hermosura siempre antigua y siempre nueva, cuán tarde te conocí. El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera y por fuera te buscaba y así como estaba me echaba sobre la belleza de tus criaturas (Confesiones 10, 27). Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me llamaste, me gritaste y rompiste mi sordera. Brillaste y tu resplandor hizo desaparecer mi ceguera. Exhalaste tus perfumes y respiré hondo. Oh, Señor, por ti suspiro día y noche y tengo hambre y sed de Ti (ibídem).*

b) GIOVANNI PAPINI

Veamos el caso de Giovanni Papini (1881-1956), el gran filósofo italiano, que era ateo convicto y confeso. En 1911 a los 31 años publicó su libro: *Memorias de Dios* (Le memorie d'Iddio) en el que ponía irónicamente en boca de Dios estas palabras blasfemas: *Hombres: Hacedos todos ateos y pronto. Dios mismo, vuestro Dios, os lo pide con toda su alma.*

Pero él mismo reconoce que su ateísmo le dejaba un vacío existencial que no podía llenarlo con nada. No era feliz siendo ateo. Hablaba mucho de que era ateo, pero interiormente quería creer o, al menos, tener una certeza absoluta sobre el más allá de la muerte. En su libro de 1912 *Un hombre acabado*, describe su estado de desesperación interior. Escribió: *Todo está acabado, todo perdido, todo cerrado. No hay nada que hacer. ¿Consolarse? No. ¿Llorar? Para llorar hace falta un poco de esperanza. Y yo no soy nada, no cuento nada y no quiero nada. Soy una cosa, no un hombre. Tocadme, estoy frío, frío como un sepulcro. Aquí está enterrado un hombre que no puede llegar a ser Dios.*⁷

*Y sigue diciendo: Yo no quiero ni pan ni gloria ni compasión. Solo quiero un poco de certeza, una pequeña fe segura, un átomo de verdad. Tengo necesidad de algo verdadero. No puedo vivir sin la verdad. No pido otra cosa, no pido más, pero esto que pido es mucho, es una cosa extraordinaria, lo sé. Pero lo quiero de todos modos. Sin esta verdad no consigo vivir y, si nadie tiene piedad de mí, si nadie me puede responder, buscaré en la muerte, la felicidad de la plena luz o la quietud de la eterna nada.*⁸

Felizmente, entre 1919 y 1921, no dice en qué momento, descubrió la verdad en Cristo. Su amigo Domenico Giuliotti le ayudó en este caminar hacia Cristo. En 1921 ya era un enamorado de Jesús. Y su amor lo manifestó en su gran obra *Historia de Cristo*, que quiere ser un acto de reparación por todos sus escritos anticristianos anteriores, en los que había insultado a Cristo con los términos más vulgares. Una vez convertido, le pidió a su hija Viola que buscara todas las copias de sus obras, sobre todo de *Las Memorias de Dios* para quemarlas.

Y decía con una alegría desbordante: *Cristo está vivo. Cristo es la verdad. Oh, Cristo, tenemos necesidad de ti, de ti solo. Tú nos amas. Viniste para salvar, naciste para salvar, te hiciste crucificar para salvar, tu misión y tu vida es la de salvar y tenemos necesidad de ser salvados.*⁹

⁷ Papini Giovanni, *Un uomo finito*, Ed. Vallecchi, Firenze, 1926, p.202

⁸ Ib. pp. 246-250

⁹ Comastri Angelo *Dov'è il tuo Dio*, Ed. San Paolo, Milano, 2003, p. 12

Murió feliz, lleno de fe y de amor el 8 de julio de 1956, siendo terciario franciscano, después de recibir la unción de los enfermos.

c) MIGUEL DE UNAMUNO (1864-1936)

Vivía en sí mismo el drama entre la mente y el corazón. Le escribió a Alcides Arguedas que “el terrible problema del más allá lo perseguía como una pesadilla y también: *Toda mi vida es un combate entre el corazón y la cabeza, la fe me dice que sí (que Dios existe) y la razón me dice que no. Y no se decidía por ninguna de las dos.*

Unamuno fue un luchador, un buscador incansable de la inmortalidad como san Agustín. Toda la vida de Unamuno fue una incesante lucha por no morir, por querer ser inmortal. Había perdido su fe de niño, cuando estudiaba en la universidad y su alma había quedado vacía y sin una brújula que marcara el destino de su vida, una brújula que le parecía que le marcaba el fin oscuro de la existencia, que terminaría en la nada después de la muerte. Y él se rebelaba ante esta perspectiva. Quería vivir eternamente y quería creer, pero no podía, porque su cabeza le decía: “Dios no existe”, pero su corazón le decía que sí. Y ahí estaba su lucha, quería estar seguro de que Dios estaba detrás de la muerte, esperándolo para recibirlo con los brazos abiertos.

El famoso filósofo Ortega y Gasset (1883-1955) decía al respecto: *Ante la pérdida de la fe, el hombre puede no hallar modo de sostenerse sobre el mar de dudas en que ha caído y caer hasta el fondo. El fondo es la desesperación.*¹⁰

Unamuno encontró un fugaz sustituto de la fe en el racionalismo y en la ciencia. Creyó fervorosamente en la ciencia. Creyó que podía solucionarle todas sus dudas, pero pronto se desencantó y se encontró con un vacío vital, con toda su filosofía y toda su ciencia. Se encontraba perdido en un punto donde podía tomar diferentes caminos, sin decidirse.

En 1899 escribió: *Lo malo del socialismo es que lo da como doctrina única y olvida que, tras el problema de la vida, viene el de la muerte.*¹¹

Y decía: *No quiero poner paz entre mi corazón y mi cabeza, entre mi fe y mi razón. Quiero más bien que se peleen entre sí.*¹² Es un choque frontal entre el escepticismo de la mente y las ansias de inmortalidad del corazón.

¹⁰ Ortega y Gasset, *Obras completas*, tomo VI p. 405, Ed. Revista de Occidente, Madrid.

¹¹ Carta a su amigo J. Ardazun, citada por Luis Albellan: *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología*, Ed. Tecnos, Madrid, 1964, p. 67

¹² Sentimiento trágico de la vida, *Obras completas*, tomo XIII, p. 592.

Él se define a sí mismo: *Un hombre de contradicción, uno que dice una cosa con el corazón y la contraria con la cabeza y hace de esta lucha su vida.*¹³ Era racionalmente ateo y creyente de corazón.

Y anota: *Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia. Los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad mayor que los de sus contrarios. Y si creo en Dios o por lo menos quiero creer en El, es ante todo porque quiero que Dios exista y después, porque se me revela por vía cordial (del corazón) en el Evangelio y a través de Cristo y de la historia. Es cosa de corazón.*¹⁴

*Al hundirme en el escepticismo racional por una parte y en la desesperación sentimental por otra, se me incendió el hambre de Dios.*¹⁵

Y, a veces, llegaba a decir con gran deseo: *Señor, ¿por qué no existes?*¹⁶ Y añadía:

*Méteme, Padre eterno, en tu pecho,
Misterioso hogar.
Dormiré allí, pues vengo deshecho
Del duro bregar.*¹⁷

d) MANUEL GARCÍA MORENTE (1886-1942)

Otro caso interesante es el de García Morente, gran filósofo español. Era ateo, aunque de niño había hecho la primera comunión, pero sus estudios de filosofía lo habían alejado de Dios y de la religión. Al comenzar la guerra civil española (1936-1939), tuvo que huir a Francia. Estaba en París desesperado por no encontrar medios para conseguir que su familia llegara a París y preocupado por lo que les podía suceder. En estas circunstancias, en la noche del 29 al 30 de abril de 1937 ocurrió lo inesperado. Quizás porque en su desesperación ante los acontecimientos, optó por algo que nunca hubiera hecho en circunstancias normales. Se puso a orar.

El escribió en su testimonio de conversión: *Por mi mente empezaron a desfilar imágenes de la niñez de Nuestro Señor Jesucristo. Poco a poco se fue agrandando en mi alma la visión de Cristo clavado en la cruz. Me dije a mí mismo: “Este es el Dios verdadero, el Dios vivo. Él entiende a los hombres, vive con ellos, sufre con ellos, los consuela y les trae la*

¹³ Sentimiento trágico de la vida, tomo XVI, p. 384

¹⁴ *Mi religión*, Obras completas, tomo XVI, p. 120

¹⁵ *Sentimiento trágico de la vida*, tomo XVI p. 296

¹⁶ Poesías, obras completas, tomo XIII, p. 281

¹⁷ *Ibidein*

salvación”. ¡A rezar, a rezar! Y puesto de rodillas empecé a balbucir el padrenuestro, pero se me había olvidado. Recordé mi niñez, recordé a mi madre, a quien perdí cuando yo contaba nueve años. Me representé claramente su cara, el regazo en que me recostaba, estando de rodillas para rezar con ella; y lentamente con paciencia fui recordando el padrenuestro y el avemaría.

Una inmensa paz se adueñó de mi alma... Pensé: lo primero que haré mañana será comprarme un libro devoto y algún manual de doctrina cristiana. Aprenderé las oraciones, me instruiré mejor. Compraré los santos Evangelios y una vida de Jesús. Debí quedarme dormido.

Me puse en pie, todo tembloroso y abrí de par en par la ventana. Una bocanada de aire fresco me azotó el rostro. Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba Él. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero Él estaba allí. En la habitación no había más luz que la de una lámpara eléctrica, de esas diminutas de una o dos bujías en un rincón. Yo no veía nada, no oía nada, no tocaba nada. No tenía la menor sensación. Pero Él estaba allí. Yo permanecía inmóvil, agarrotado por la emoción. Y le percibía; percibía su presencia con la misma claridad con que percibo el papel en que estoy escribiendo y las letras que estoy trazando. Pero no tenía ninguna sensación ni en la vista, ni en el oído ni en el tacto ni en el olfato ni en el gusto. Sin embargo, lo percibía allí presente con entera claridad. Y no podía caberme la menor duda de que era Él, puesto que lo percibía, aunque sin sensaciones. ¿Cómo es eso posible? Yo no lo sé. Pero sé que Él estaba allí presente y que yo, sin ver ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar nada, lo percibía con absoluta e indubitable evidencia... No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil y como hipnotizado ante su presencia. Sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello – Él allí – durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo que nada es comparable al deleite sobre humano que yo sentía...

Era una caricia infinitamente suave, impalpable, incorpórea, que emanaba de Él y que me envolvía y me sustentaba en vilo, como la madre que tiene en sus brazos al niño... ¿Cómo terminó la estancia de Él allí? Tampoco lo sé. Terminó. En un instante desapareció. Una milésima de segundo antes estaba Él aún allí y yo lo percibía y me sentía inundado de ese gozo sobrehumano que he dicho. Una milésima de segundo después, ya Él no estaba allí, ya no había nadie en la habitación... Debió durar su presencia un poco más de una hora.¹⁸

¹⁸ Manuel García Morante, *El hecho extraordinario*, Ed. Rialp, Madrid, 2002, p. 36-43

Y fue tal el impacto recibido que decidió dedicar toda su vida al servicio de Dios. Fue ordenado sacerdote en 1940 y murió en Madrid el 7 de diciembre de 1942, siendo profesor de filosofía en la universidad.

e) **PIETER VAN DER MEER (1880-1970)**

Fue un gran poeta holandés, que vivía en un ateísmo intelectual donde no cabía la idea de Dios. En su libro *Nostalgia de Dios* nos habla de sus luchas interiores por querer creer, pero sin poder hacerlo hasta que llegó el momento de la gracia divina, cuando se entregó totalmente a Dios con su esposa y sus hijos. Veamos algunos de sus pensamientos, cuando todavía era ateo:

La tierra, dentro de miles o millones de años, será inhabitable y por fin perecerá. Entonces, será como si este planeta no hubiese existido jamás, todo será arrinconado en el vacío del olvido. Nadie llevará ya en sí la memoria de lo que aquellos extraños seres, que un día vivieron en la tierra y se llamaban hombres, realizaron y sufrieron... Todo habrá sido perfectamente inútil y esta comedia, que habrá durado miles de años y de la que nadie habrá sido espectador, podía igualmente no haber tenido lugar. ¿No es esto de una vertiginosa ridiculez? ¿No es para aullar de angustia y refugiarse en la muerte?

Por espacio de un momento, breve como el zig-zag de un relámpago, estamos en la tierra, vivos, con los ojos abiertos, atormentados por todos los deseos y por todos los ensueños, queriendo alcanzar y abarcar lo imposible, interrogamos al pasado, leemos lo que los hombres han pensado antes de nosotros, nada sacamos en claro; interrogamos a la tierra, al cielo, a las estrellas, a los abismos de los espacios y a los de nuestra propia alma, lloramos de nostalgia por la belleza, gesticulamos apasionadamente y, de repente, caemos muertos y ya no hay nada más, nada, nada, nada, nuestros ojos están cerrados para siempre, los ojos con que ahora miramos las estrellas, esas estrellas que no nos recordarán.¹⁹

Poco a poco, empieza a dudar:

¿Qué significa la vida, a cuyo término está la muerte, ese inmenso agujero negro donde vamos cayendo uno tras otro como piedras? Decididamente es una perfecta estupidez tomarse la vida en serio, si no existe el alma. Pero ¿acaso las religiones no son más que un hermoso sueño, bellas mentiras consoladoras a las que el hombre se aferra ante la perspectiva de desaparecer tragado por la noche espantosa de la muerte? ¿Dónde puedo encontrar la verdad?²⁰

¹⁹ Pieter van der Meer, *Nostalgia de Dios*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1955, p. 48

²⁰ Ib. p. 60

Sin saberlo, era a Dios a quien buscaba, pues tenía nostalgia de Dios. Y lo encontró leyendo los Evangelios y yendo a misa a la Trapa de West Malle. Dice: *Leo la Biblia. Los místicos: Angela de Foligno, Reybroeck, Catalina Emmerick y las vidas de los santos como la de San Francisco y me ayudan a comprender cosas oscuras y maravillosas.*

Leon Bloy me presentó a un sacerdote. Me dijo: *Debe orar, rezar el padrenuestro y el avemaría.* Después fui a postrarme ante el Santísimo Sacramento, expuesto todo el día y toda la noche. Le he dicho a Jesús: *“Dame la fe, quítame la ceguera de mis ojos para que pueda distinguir la verdad con toda claridad”.*²¹

El 24 de febrero de 1911, nuestro hijo y yo recibimos el bautismo, Cristina y yo nos unimos en matrimonio. Ahora soy cristiano por toda la eternidad.²²

¡Oh, delicia maravillosa y sin igual! Después de 12 años puedo decir que esta nueva vida es infinitamente más hermosa, más rica y más profunda de lo que nunca hubiera podido sospechar ni siquiera en los primeros años de mi conversión.²³

TESTIMONIOS

Vamos a mostrar ahora algunos testimonios de personas, que, a través del dolor y de la enfermedad, han podido acercarse más a Dios y han encontrado el sentido de su vida. Todos estos testimonios son rigurosamente reales, aunque no pongamos los nombres de los protagonistas. Ojalá que estos testimonios nos ayuden a ver la vida según la perspectiva de Dios.

- *Era el 24 de abril de 1972, un coche me invistió en la calle. Me tuvieron que llevar al hospital. Yo tenía quince años y me lesioné la medula espinal. Desde entonces, llevo diecinueve años recuperándome entre médicos y hospitales. Han sido diecinueve años de calvario. Tengo medio cuerpo paralizado y el brazo derecho no me funciona.*

Pero, a pesar de todo, siento la alegría de estar viva. Quiero vivir cada momento en plenitud, pues un momento no vivido, es tiempo perdido. Si no hubiera tenido fe, me habría suicidado. No tengo nada, solo tengo la vida, el más grande don que Dios me ha dado, y quiero vivir en plenitud. He comprendido la importancia de la vida. ¡Cómo quisiera ayudar a tantos jóvenes que han perdido el sentido de la vida y la siguen perdiendo, porque no la viven de verdad!

²¹ Ib. p. 187

²² Ib. p. 214

²³ Ib. p. 238

- *Teníamos mucha ilusión en nuestro primer hijo. Lo esperábamos como un regalo de Dios. Por eso, el golpe fue demasiado fuerte, cuando el médico nos anunció que había nacido con una falla en el corazón. Al principio, mi esposo y yo nos rebelamos contra Dios. No era posible que Dios nos hiciera eso a nosotros, que éramos buenos. ¿Por qué nos quería castigar de esa manera? Hoy, después de siete años, mi esposo y yo somos los seres más felices con nuestro niño. Hemos gastado mucho en especialistas, que nos siguen dando esperanza, aunque debemos esperar a que sea mayor para que sea operado. Mientras tanto, sufrimos, porque no es como los demás niños ni puede jugar como los demás. Lo que sí puedo decir es que nuestra vida cambió desde aquel día en que nos atrevimos mi esposo y yo a rezar el Padrenuestro, tomados de la mano, y le dijimos a Dios, de verdad y de todo corazón: **“Hágase tu voluntad”**.*
- *En Lourdes, entre tantos enfermos, había una joven en silla de ruedas. La recordaré toda la vida con aquellos ojos fijos en la custodia, con la que el sacerdote daba la bendición a los enfermos con el Santísimo Sacramento. Yo le decía a Jesús: **Señor, que camine, haz un milagro para ella**. Pero no sucedió el milagro y me sentí triste todo el día, porque Dios no me había escuchado. Por la tarde, fui a rezar a la gruta de la Virgen. Había muchos enfermos alrededor. De nuevo, vi aquella joven paralítica en su silla de ruedas. Era la misma que había mirado con tanta esperanza la hostia blanca. Poco a poco, iba anocheciendo y los enfermos se iban retirando. Al final, sólo quedaba ella con su acompañante, y yo a su lado. Yo seguía pidiendo un milagro para ella. De pronto, la miré, quería decirle algo, darle esperanza... Entonces, vi su rostro transfigurado, con una sonrisa luminosa y bellísima. Su sonrisa brillaba cada vez más y de su boca sólo salía con inmenso amor, la palabra: **Mamá, mamá, mamá**, mientras miraba a la Virgen. Nunca he visto ni veré un rostro tan bello. En ella vi reflejado, de alguna manera, el rostro de María. Y me di cuenta de que el milagro, que yo había pedido para ella, María lo había hecho mucho más grande de lo que hubiera podido imaginar. Porque la joven paralítica había recibido una alegría, una pureza y un amor, que no terminarán con la muerte, sino que se prolongarán por toda la eternidad. Me imagino que, aquella tarde, los ángeles sonreirían ante la vista de aquella joven feliz, que miraba a María con ojos llenos de luz y de amor. Yo, al menos, me sentí inmensamente feliz.*
- *Una fría mañana de invierno, salía de una clase en la Universidad, donde estudiaba segundo de Letras. Bajada corriendo las escaleras y resbalé. Me golpeé la cabeza con las gradas. Después de dos días, aparecieron nubes en mis ojos, cada vez más densas y oscuras. Desde entonces, soy ciega. Tenía 19 años y muchos ideales y proyectos. Después de un inútil peregrinar por clínicas y hospitales, me di cuenta de que no había nada que hacer y acepté mi realidad. Me preguntaba: **¿Qué puedo hacer en la vida?** Aprendí a leer y a escribir en Braille y continué estudiando. Mi madre*

me leía en voz alta las lecciones y yo trataba de retenerlas en la memoria. Por fin, conseguí el título de Filosofía.

Ahora trabajo como telefonista. Respondo con la alegría de un amigo a cada llamada, amo mi trabajo, porque sólo con amor y alegría se puede hacer bello el trabajo más humilde y sencillo. Mi padre me acompaña y viene a recogerme. En las horas libres, me preocupo de los problemas de los ciegos. Vivo serena y contenta con mi trabajo y me siento feliz de haber encontrado un sentido a mi vida y de aceptar con amor la voluntad de Dios. ¡Gloria a Dios!

- *He vivido 17 años con mi esposo. Los diez primeros años con buena salud. No nos faltaba de nada, hablando humanamente, porque teníamos un buen trabajo. Pero pensábamos más en las cosas del mundo, en fiestas y cosas materiales que en Dios. Teníamos nuestras discusiones, de vez en cuando, y en una ocasión hasta nos separamos durante siete meses.*

De pronto, le descubrieron a mi esposo un tumor maligno. Y comenzó para nosotros una etapa nueva. Al principio, nos chocó mucho y no podíamos aceptar aquella situación tan inesperada y tan difícil. Pero, poco a poco, fuimos aceptando la realidad y mi esposo reencontró aquella fe de su juventud, cuando estudiaba con los salesianos. Y los dos rezábamos juntos todos los días tomados de la mano. Juntos descubrimos el amor de Dios y de que Cristo es el que da valor a nuestro sufrimiento. Todos los días rezábamos el rosario juntos y durante los últimos meses recibíamos unidos la Eucaristía, cuando le traían la comunión.

Fueron momentos difíciles, pero llenos de fe. Los últimos meses, mi esposo se preparó para la muerte y vivimos una gran unión espiritual. Creo, sinceramente, que fueron los días de mayor unión y amor de nuestra vida. Dios había transformado nuestro hogar.

- *Mi hijo murió en la segunda guerra mundial en un lugar de Alemania. Después de la guerra, yo fui a buscar la tumba de mi hijo hasta que, por fin, la encontré en un cementerio, donde había muchas cruces. Entonces, allí mismo, sobre la tumba de mi hijo querido, sembré unos granos de trigo y le dije a un campesino de aquel lugar: **“Cuide estas semillas. Cuando crezcan las espigas, por favor, me envía los granos de trigo a mi dirección. Quiero hacer con ellas una hostia para que mi hijo esté unido a Aquel que dijo: “Yo soy el pan de vida. El que come de este pan vivirá para siempre y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”.***

Cuando me llegaron los granos de trigo a mi casa, me puse muy contenta y fui a un convento de religiosas para que me hicieran una hostia. Después, se la llevé al sacerdote de la parroquia y él celebró una misa, en la que me uní a Cristo en la comunión, participando de aquella hostia, que tenía algo

de la vida de mi hijo. En esa misa, le volví a ofrecer a Jesús la vida de mi hijo y sentí que no lo había perdido, sino que lo había recuperado para siempre y que me esperaba lleno de amor de Dios.

- *Encontré al Señor en la cama de un hospital hace algunos años. Me quitaron los dos senos y, desde entonces, comencé a leer la Biblia y a rezar, porque me sentía muy triste. Y el Señor fue bueno conmigo, porque me dio la oportunidad de encontrar la fe perdida y descubrir que vale la pena seguirle a tiempo completo, para siempre y sin condiciones.*
- *Mi hijo es autista. Ha comenzado a decir alguna palabra a los diez años. Ahora espero que comience a escribir algo. Pero considero a mi hijo un verdadero regalo de Dios. ¡Cuántas cosas no habría podido comprender sin este hijo o si hubiese sido un hijo normal! Mi esposo y yo hemos sufrido mucho, pero ahora estamos muy contentos con este hijo que nos ha ayudado a acercarnos más a Dios. Por eso, lo alabamos y le damos gracias.*
- *Mi historia comienza a los cinco años, cuando me detectaron graves problemas en el corazón y, desde entonces, nunca más he podido caminar. He estado toda la vida en silla de ruedas. Desde los cinco años hasta los treinta, me los pasé yendo y viniendo a clínicas y hospitales... Hace algunos años tenían que trasplantarme un riñón, pero no pudieron hacerlo, porque tenía una grave enfermedad en el pulmón. Debían operarme del corazón, pero tampoco pudieron por problemas cerebrales. Ahora tengo setenta años y sigo adelante con mi cuerpo achacoso hasta que Dios quiera.*

Le doy gracias a Dios por estos setenta años de vida. A los veinte años fui a Lourdes en silla de ruedas con la esperanza de curarme. Regresé más enferma que antes, pero Dios me había curado internamente. Desde ese momento, tengo una alegría incontenible, que, a veces, no puedo controlar y tengo que expresarla externamente, cantando o diciendo a todo el mundo lo bueno que es Dios y cuánto me ama.

- *Soy un enfermo de esclerosis múltiple desde 1990. Tengo dos hijas y una esposa maravillosa. A pesar de que el misterio del sufrimiento es grande, procuro transmitir alegría y paz a todos los que me visitan. Vale la pena vivir, cuando se ama a Dios y a los demás.*
- *Soy un parapléjico. Tengo el deseo de apretar con mis manos la cara sonriente de mi madre, quiero acariciar sus cabellos y abrazarla contra mi pecho, pero no puedo, porque soy un parapléjico. Tengo deseos de caminar entre la gente, de correr por los prados, de estrechar las manos de mis amigos, pero no puedo, porque soy parapléjico. Quiero sonreír a la gente, amar a todos con un corazón lleno de amor y hablarles del Señor y de su alegría. Y esto sí puedo hacerlo, a pesar de que soy un parapléjico.*

- *Cuando era niña, la poliomielitis vino a cambiar radicalmente el curso de mi vida. Fui creciendo triste y cada vez estaba más amargada con mi suerte y repetía: ¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí? Mis padres me llevaron a Lourdes para pedir a la Virgen la curación. Yo les había dicho que, si no me curaba, al volver a casa me suicidaba. Pero no me curé y no me suicidé. Algo había cambiado en mí junto a la gruta de la Virgen. Dios hizo el milagro de hacerme descubrir el valor del sufrimiento y yo le dije SÍ.*

Desde que le di mi SÍ a Dios, como aceptando su voluntad sobre mi vida, he sentido una alegría y una paz inmensa en mi corazón. Yo me admiro cómo viene a buscarme tanta gente a mí que soy analfabeta y me piden consejos espirituales. Sí, vale la pena estar enferma de por vida, cuando se acepta la cruz por amor a Dios y se ofrece todo a Dios con amor.

VALE LA PENA VIVIR

Dice el Papa Juan Pablo II en la exhortación apostólica Familiaris consortio: *“La vida humana, aunque débil y enferma, es siempre un don espléndido del Dios de la bondad. Por eso, la Iglesia está a favor de la vida”*. No hay vidas más valiosas que otras. Toda vida humana tiene un sentido y un valor en el plan de Dios y todos los seres humanos tienen los mismos derechos.

Pearl S. Buck, premio Nóbel de literatura de 1938, era madre de un niño subnormal. Y ella escribió:

“Si hubiese podido conocer previamente que mi hijo iba a ser un niño subnormal ¿lo habría abortado? La respuesta es NO. Habría elegido la vida para él. Y esto por dos razones. En primer lugar, me da miedo que el poder de elección sobre la vida y la muerte esté en manos de un ser humano. Y, en segundo lugar, porque la vida de este hijo no ha estado desprovista de sentido. Al contrario, ha traído consuelo a muchas personas y apoyo práctico a muchos padres de niños subnormales. Ciertamente, lo ha hecho a través de mí, pero sin él yo no hubiera tenido la oportunidad de aprender a aceptar el sufrimiento y hacer que esa aceptación sea útil para los otros.

Un niño subnormal tiene algo que aportar en la vida, incluso a la vida de las personas normales. Ellos nos dan lección de paciencia, comprensión y misericordia, lecciones que nosotros necesitamos aprender. Yo quiero agradecer a Dios este regalo que me dado con mi hijo subnormal”.

En la novela *La peste* de Albert Camus se habla de Rambert, un periodista francés que viaja a Orán para hacer un reportaje pocos días antes de que se desencadene en la ciudad la temible peste. La peste lo sorprende en Orán y queda encerrado en la ciudad declarada en cuarentena. Su primera reacción es de ira, pues el problema de la ciudad no es su problema. Él pertenece a otro mundo, el suyo es

un caso personal y cree que las medidas de las autoridades no le obligan. Por eso, decide escapar para salvarse de la peste.

Antes de hacerlo, consulta con el doctor Rieux que ha renunciado a su seguridad para dedicarse a curar a los enfermos. El doctor respeta su decisión, pero quiere ayudarlo. Mientras Rambert prepara su escapada, va descubriendo que cuando en una ciudad hay peste ya no hay casos personales, que todos están unidos por un mismo destino y empieza a sentir vergüenza de querer ser feliz él solo. De modo que renuncia a su felicidad personal y se entrega a combatir el dolor de todos. Es en ese momento cuando nace en él algo que no sospechaba, uno de los sentimientos más nobles del ser humano: la caridad. Entiende que vivir él solo es, vivir sin vivir, pues hay que vivir para hacer felices a los demás. Por eso, el famoso médico católico norteamericano Tom Dooley, que curó a muchos enfermos en Vietnam, decía: *Nadie tiene derecho a ser feliz él solo, cuando hay gente con hambre y con dolor.*

DIOS ES TU PADRE

Si algún día caes y cometes un grave error, arrepiéntete y comienza de nuevo
Vuelve a empezar,
Aunque sientas el cansancio,
Aunque el triunfo te abandone,
Aunque el error te lastime,
Aunque la traición te hiera,
Aunque la ilusión se apague,
Aunque el dolor queme tus ojos,
Aunque la incomprensión corte tu risa,
Aunque todo parezca perdido,
Aunque parezca que tu vida ya no tiene sentido.
Vuelve a empezar, Dios te ama y sigue confiando en ti.
Dile sí a la vida. No te detengas en tu camino hacia Dios.

La Madre Teresa de Calcuta; escribió: *Siempre ten presente que la piel se arruga, el pelo se vuelve blanco, los días se convierten en años, pero lo importante no cambia, la fuerza y la convicción no tienen edad. Si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo. No vivas de fotos amarillas (de recuerdos). Sigue, aunque todos esperen que abandones. No dejes que se oxide el hierro que hay en ti. Haz que en vez de lástima te tengan respeto y, cuando por los años no puedas correr, trota. Cuando no puedas trotar, camina. Cuando no puedas caminar, usa el bastón o la silla de ruedas, pero nunca te detengas. Siempre adelante.*

Ojalá, Dios, tu Padre, se sienta orgulloso de ti y al morir pueda decirte al darte un abrazo de bienvenida al llegar a las puertas de su reino: *Hijo mío, me siento orgulloso de ti. Ven, te he preparado un banquete y quiero que seas feliz conmigo y tus hermanos por toda la eternidad. Te quiero, hijo mío. No temas. Aquí*

todo es felicidad, ya no hay muerte, ni llanto ni dolor. Todo eso ya ha pasado. Ahora te toca disfrutar de mi amor y de mi felicidad.

Y tú dile a tu Papá Dios: Padre mío, me siento feliz de ser tu hijo. Yo sé que desde toda la eternidad has pensado en mí y me has creado con infinito amor. Gracias, Padre. Ni toda la eternidad será suficiente para darte gracias y decirte cuánto te amo.

Y él te responde: Hijo mío, hijo de mi corazón. Desde toda la eternidad he pensado en ti. Antes de que el primer sol brillara en los espacios infinitos, antes de que el primer amanecer naciera en el horizonte, yo pensaba en ti. Antes de que el canto de la primera noche arrullara las estrellas y antes del primer día en los billones de años de edad del universo. Yo pensaba en ti. Sí, cuando aún no existía la noche que mide el tiempo ni el sol brillaba en el firmamento azul, antes de la creación del universo, yo decidí crearte tal como eres en tu cuerpo y en tu alma. Te di unas cualidades hermosas para que pudieras desarrollarlas y realizar tu misión en el mundo.

Hijo mío, en la eternidad del tiempo, cuando todo era silencio y vacío, yo te acariciaba en mi corazón y soñaba contigo, derramando sobre ti mis bendiciones. Oh, hijo mío, si supieses cuánto te amo, morirías de alegría. No creas que te he dejado solo ni por un momento, pero quiero que luches contra tus defectos, que superes las tentaciones, que me demuestres que me amas, amando a todos los que te rodean. No olvides que esta vida en la tierra es una lucha y hay que trabajar para superar las dificultades, así podrás hacerte digno del gran premio que te tengo preparado en el cielo desde toda la eternidad.

LA ETERNIDAD

Pascal decía: Prefiero equivocarme, creyendo en un Dios que no existe, que equivocarme no creyendo en un Dios que sí existe. Si después de la muerte no hay nada, evidentemente nunca lo sabré, cuando me hunda en la nada eterna. Pero, si hay Alguien, tendré que darle cuenta de mi actitud de rechazo y habré perdido mi vida. O Dios existe o no existe. O existe el más allá o no existe. Tienes que apostar por una de ambas opciones. No puedes permanecer indeciso. Si no quieres apostar, ya estás apostando por el No. Piénsalo bien. Si pierdes (porque Dios no existe), no pierdes nada; pero, si ganas (porque Dios sí existe), lo ganas todo: una eternidad feliz.

Por ello, está bien que te preocupes por las cosas de la vida diaria, pero debes pensar que son pequeñas cosas comparadas con todo lo que te aguarda después de la muerte, por los siglos de los siglos. Debes pensar en la eternidad y vivir bien, pues tu felicidad o infelicidad eterna dependerá de tu vida presente. Aquí vas a vivir pocos años, allá eternamente... ¿Puede haber algo más importante que pensar en lo que será toda tu eternidad? ¿Acaso te da lo mismo ser feliz o infeliz eternamente?

Ludwing Wittgenstein, quizás el mejor pensador del siglo XX, decía: *El sentido de la vida se llama Dios*. Albert Einstein, el famoso físico de la teoría de la relatividad, afirmaba: *Un hombre que ha encontrado respuesta al sentido de su vida, es un hombre religioso*.

En una estación del metro de Milán, alguien escribió: *Dios es la respuesta*. Después de unos días, alguien volvió a escribir: *¿Cuál es la pregunta?* La pregunta era: *¿Cuál es el sentido de tu vida?*

En una estación del metro de Alemania alguien escribió: *Dios ha muerto*, firmado Nietzsche (1850-1900). Alguien escribió debajo: *Nietzsche ha muerto*, firmado Dios.

EL DIOS EN QUIEN NO CREO

No creo en un Dios cruel que solo ama a los de cierta religión y manda perseguir y hasta matar a los que no lo son, porque a esos no les considera sus hijos.

No creo en un Dios que se divierte viendo las peleas y guerras de los hombres como si fueran sus juguetes.

No creo en un Dios partidario solo de los ricos y poderosos.

No creo en un Dios de mano ancha que acepta todo con paciencia, porque es misericordioso y al final mandará a todos al cielo.

No creo en un Dios que creó el infierno para vengarse de los pecadores.

Yo creo en un Dios que nunca ha mandado ni mandará matar a nadie en su nombre.

Yo creo en un Dios que no es vengativo, pero sí es justo con los que no lo quieren y prefieren irse eternamente al infierno, que ellos mismos se han fabricado, para estar siempre en compañía de los demonios con un corazón lleno de odio, impureza y maldad.

Creo en un Dios que me espera todos los días para perdonarme, porque “sufre” cuando no lo amo, porque sabe que por ese camino seré infeliz y él, como padre, me ama y quiere hacerme feliz por siempre.

Creo en un Dios que ama a todos, pobres y ricos, sanos y enfermos, sin mirar su raza, lengua o religión, porque todos son sus hijos.

Creo en un Dios que por amor se rebajó hasta hacerse uno de nosotros en todo semejante a nosotros menos en el pecado. Y nos demostró su amor sufriendo y muriendo por nosotros.

Creo en un Dios que no quiere nuestro sufrimiento, pero lo permite para darnos la oportunidad de crecer en el amor.

Creo en un Dios humilde y sencillo que vive entre nosotros como un amigo cercano en la Eucaristía.

Creo en un Dios con el que se puede hablar como a un amigo y se le puede tratar con cariño y confianza de tú, porque somos sus hijos.

En una palabra, creo en un Dios bueno, que vela por nosotros y sufre con nosotros y nos ama tanto que nos espera a cada uno en particular en la puerta del cielo después de la muerte para hacernos felices eternamente. Pero que respetará la decisión libre de quienes no lo quieran y prefieran irse con los demonios eternamente.

REFLEXIÓN FINAL

Hermano, no quieras ser un gusano que se arrastra por el barro. Debes ser águila que vuela por las alturas. Dios te ha creado para horizontes sin límites para mares sin orillas, en una palabra, para el infinito. Y nada de este mundo puede llenarte plenamente. Solo Dios, que es infinito, puede llenar tu corazón atribulado y lleno de aspiraciones eternas. No seas primavera sin flores, no seas cielo sin estrellas, no seas hombre sin nobles ideales. Toma tú mismo el control de tu vida, lleva el timón con mano firme. Sé como el tren que no se tuerce ni a la derecha ni a izquierda. Vete derecho hacia Dios por el camino del amor. No seas como esos jóvenes que van sin rumbo, porque han perdido la brújula y el sentido de la vida. Yo sé que dentro de ti hay una mina de oro sin explotar, haz algo para ser dueño de tu destino, da un salto en el vacío y confía en Dios, que te espera cada día para bendecirte y abrazarte y decirte con amor: *Hijo mío, te quiero con todo mi Corazón*. No dudes, no le tengas miedo. El es tu Papá y te perdona tu pasado. Pídele perdón y dile que lo amas.

Te deseo un feliz viaje por el camino de la vida. Jesús está contigo, María es tu madre y un ángel bueno te acompaña. ¡Felicidades! ¡Buen Viaje!

